

GIL Y GARCÍA. RICARDO (1853 – 1907)

*LA CAJA DE MUSICA*

(selección)

ÍNDICE

AL EXCMO. SR. DON ALEJANDRO HARMSSEN Y GARCÍA  
PRELUDIO  
AGUAFUERTE  
DE PASO  
JURAR EN VANO  
TENACIDAD  
SILENCIO  
SUENA...  
ESPERANZA  
MEMENTO  
LA RUECA  
ORACIÓN  
MARIPOSAS BLANCAS...  
CONSEJO  
VIDRIERA  
VA DE CUENTO  
MI ÚNICO ENEMIGO  
MORFINA...  
DUELO INTERRUPTO...  
ANTE LA ESFINGE...  
EL. SECRETO  
NON EST HIC  
¡PARA SIEMPRE!  
SUPERSTICIÓN...  
NÁUFRAGOS  
LA ESTATUA CAÍDA  
ULTIMA SONATA

AL EXCMO. SR. DON ALEJANDRO HARMSSEN Y GARCIA  
BARON VIUDO DE MAYALS, EXSENADOR DEL REINO

De negro y blanco visten mis cantares,

como las pasajeras golondrinas.  
De su hogar ha nevada en las ruinas  
y buscan el calor de otros hogares...  
Al tuyo llegan; no los desampares.

El cóndor, de las cimas soberano,  
desdeña a los rastreros voladores;  
pero ellos, a la altura de las flores,  
sin envidia lo ven siempre lejano...  
Mas cerca están del corazón humano.

Se han posado mis débiles cantares,  
como las golondrinas, en tu techo.  
Necesitan calor... La hay en tu pecho.  
Visten de luto... No los desampares...  
Tal vez traigan alivio a tus pesares.

Madrid, Febrero, 1898

## PRELUDIO

Es humilde caja, no lira arrogante.  
No esperéis que cante  
de los altos héroes la inmortal pasión.  
Es su voz endeble y algo quejumbrosa.  
En ella reposa,  
con tranquilo sueño, la vieja canción.

Como mueble inútil yace arrinconada;  
pero, si os agrada,  
el resorte dócil bastará oprimir:  
rodará el cilindro y a su impulso blando  
irán despertando  
memorias que a veces hagan sonreír.

Vibrarán las notas de antigua sonata,  
cual mazos de plata  
que templado vidrio baten a compás,  
y traerán tristezas de lejanos días  
y esas alegrías  
que después de muertas nos encantan más.

Ya con ritmo alegre, ya con tristes sonos,  
las gratas canciones

que en la caja duermen, nuestra historia son.  
Con su voz repiten, melodiosa y tierna,  
esa trova eterna  
que no por oída cansa al corazón.

Aires son ya viejos, aires conocidos;  
volaban perdidos  
y en sencilla caja ye los recogí.  
Los cantaban niñas, mujeres y flores;  
pero los mejores  
los cantó la Muerte la para mí.

Con su lira el Genio, por la gloria lucha,  
y el aplauso escucha  
de las multitudes que rindió a sus pies.  
El cilindro sabe, girando en la caja,  
que en vano trabaja:  
silencioso olvido le espera después.

Pero poco importa si logra un instante,  
como brisa errante  
que el aroma trajo de lejana flor,  
hacer que en sus notas de dulce cadencia  
palpite la esencia  
de un recuerdo amado... ¿gloria mayor?

Cantos son de niños, flores y mujeres.  
Si al confuso estruendo del mundo prefiere  
esa trova eterna que te haga sonar,  
si en tus horas negras buscas el olvido,  
a mi pecho inclina, Lector, el oído  
y escucha... La caja comienza a sonar...

## AGUAFUERTE

Las campanas tañidas por el viento  
en la medrosa noche clamorean  
con notas destempladas.  
Cada vez que las ráfagas heladas  
aullando por los claustros culebrea,  
reviven un momento  
del hornillo las brasas moribundas  
y enrojecen la celda, con profundas  
pausas de oscuridad, las llamaradas.

Centellean entonces, apiñadas  
en las tablas pendientes de los muros,  
retortas y vasijas numerosas  
de hechuras caprichosas  
e ignorado destino  
y ruedan por la mesa, mal seguros,  
con los haces de hierbas prodigiosas,  
los rollos de mugriento pergamino  
llenas de ensalmos, cifras y conjuros.

Vuelve a la sombra todo. Solamente  
junta a la boca del hornillo ardiente,  
de las vivaces ascuas al reflejo  
cálido y oscilante,  
se destaca el semblante  
del fraile gris enflaquecido y viejo.

Diríase que duerme, pues sus flojos  
miembros con indolencia se desploman  
en ancho sitial; pero a sus ojos,  
en la penumbra de la cuenca hundidos,  
de vez en cuando asoman  
resplandores extraños,  
y de sus labios secos y fruncidos  
brota sardo murmullo.

Muchos años  
ardió el voraz hornillo noche y día  
esparciendo en redor negras vapores  
cuyos acres olores  
se aspiran en la celda todavía;  
y con tenaz empeño  
alimentado fue... ¿Qué audaz ensueño  
perseguido al través de bruma vaga  
torcer al sabio en su camino pudo,  
para que vea indiferente y muda  
cómo el hogar generador se apaga?

En el cráneo desnudo  
del fraile, barrenado par la idea,  
el viva incendio arroja  
movible mancha roja  
coma sudor de sangre que gotea...  
¿En él qué latirá...? Cábala hebrea  
acaricia tal vez, de la que pende

prolongar el milagro de la vida...?

Quizás, en su memoria adormecida  
repasando el hermético tesoro  
de signas y de fórmulas, pretende  
cristalizar la luz en cubos de oro.  
En su abstracción, acaso,  
acecha en infinitas soledades  
de las planetas el solemne paso,  
sorprende conjunciones y ve luego  
en curvas enigmáticas de fuego  
escrita el porvenir de las Edades.

Parecen despertar fuerzas que duermen  
bajo su cráneo y fermentar el germen  
de algo que, con grandeza soberana,  
su nombre hará brillar en lo futuro:  
de algo que importa a la ventura humana.

Como de vivas inquietudes presa,  
sus temblorosas manos, en lo oscura,  
extiende el fraile gris hacia la mesa:  
descubriendo temor y sobresalto,  
palpando va con torpe movimiento  
heterogéneas casas hacinadas  
sobre la tabla...

Mientras, en lo alto,  
las campanas tañidas por el viento  
clamorean con voces destempladas  
de la medrosa noche en la negrura...  
y en los claustros las ráfagas heladas  
aúllan como hienas congregadas  
en torno de reciente sepultura...

Encuentra, al fin, la que busco anheloso.  
A su rostro arrugado y descompuesto  
de horrible lucha asoman las señales:  
vacilando medita;  
pero vence un afán que misterioso  
en sus ojos palpita,  
y negras polvos de poder funesto,  
con espantado gesto,  
va mezclando en porciones desiguales  
en un roto crisol que luego agita...  
En él arroja brasa moribunda...

Con súbita explosión la estancia inunda  
purpúrea claridad... Todo aparece  
bañado en sangre; todo se estremece...

Y cruzan a legiones  
por el ambiente aquel ensangrentado  
sombras indefinibles  
que, al pasar con violentas convulsiones,  
dejan en pos gemido prolongado.

Más que nunca, profundas y terribles  
son las tinieblas. En el suelo inerte  
yace el fraile tendido  
e inclinada hacia él, sobre su oído,  
—¡Gracias!...—dice la Muerte.

## DE PASO

Sentíme dominado por el hastío.  
El camino era triste, largo el viaje...  
pero al salir del túnel lóbrego y frío,  
espléndido en colores surgió el paisaje.

Bajo un cielo sin nubes risueños prados,  
esposos encinares, aguas tranquilas,  
y, vibrando entre aromas, acompasados  
cantares y campestre rumor de esquilas.

Y virgen campesina, de ojos serenos,  
vi cruzar los zarzales ruda y hermosa,  
llevando en sus redondos brazos morenos  
de frutas y de flores carga olorosa.

Pasó con el cimbreo de esbelta palma  
siguiéronla mis ojos entristecidos.  
—Venturosas las aves, murmuró el alma,  
que en estas espesuras tejen sus nidos.

Feliz, dije, el que envuelto por tibio ambiente  
de silencio, de aromas y claridades,  
dolorosas heridas cerrarse siente  
que enconaba la atmósfera de las ciudades!

¡La ciudad! A este nombre sentí el mareo  
de la embriaguez y el tedio con que termina  
y distinguí el brillante relampagueo  
que a la inocente alondra llama y fascina.

Llegó hasta mí un murmullo sordo y lejano  
de lamentos y risas engañosas,  
y la vi coronarse como el pantano  
de vapores que engendran fiebres traidoras

Ante mí sus miserias, sus esplendores,  
sus repugnantes vicios y sus grandezas  
pasaron despertando viejos dolores,  
removiendo en el alma turbias tristezas.

Allí, pensé, en la lucha del circo inmenso  
si el éxito no alcanzan sobran virtudes;  
pues solamente queman impuro incienso  
del éxito en las aras las multitudes.

Multitudes que dictan omnipotentes  
su ley. Nunca las almas se ven más solas  
que cuando las arrolla con sus corrientes  
ese mar clamoroso de humanas olas.

Tú, sí, Naturaleza, constante amiga,  
tú sí que me acompañas; pero el destino  
sólo de paso deja que te bendiga,  
solo de paso asomas a mi camino.

Y el camino aún es largo, largo y penoso...  
Apacible retiro que por acaso  
contemplo, ¿por qué brindas dulce reposo  
al que verte no logra más que de paso?

Y tú también, doncella ruda y hermosa  
con tu tranquilo aspecto, ¿por qué me dices  
“viajero, aquí tu herida no es dolorosa,  
tal vez aquí te aguardan horas felices?..”

Recordé un gabinete que con extraña  
luz a través de sedas el sol alumbra,  
y un ángel que allí teje, come la araña,  
sus redes invisibles en la penumbra.

Por repugnantes heces sentí amargados

mis labios, y mis ojos de sombras llenos  
buscaron en aquellos alegres prados  
la virgen campesina de ojos serenos.

La vi lejos, muy lejos... y de repente  
se perdió como sueño que se evapora,  
a tiempo que arrancaba con estridente  
silbido la incansable locomotora.

—Detén tu vuelo—dije---sólo un instante  
¡oh monstruo que me arrastras y martirizas!...  
Pero el monstruo impasible siguió adelante,  
dejando en pos estela de humo y cenizas.

## JURAR EN VANO

¡Juramentos de amor!..... Música vana,  
¡no por sabida menos tentadora!...  
De nada sirve que os améis ahora  
si no juráis que os amaréis mañana.

¿Que la insaciable voluntad humana  
es tornadiza? La pasión lo ignora  
y desdeña el presente, soñadora,  
y por triunfar del porvenir se afana.

Laura: nuestra ventura necesita,  
para desvanecer recelo amargo,  
juramentos que abarquen lo futuro.

Que tu voz cadenciosa los repita  
una vez y otra y mil... Y sin embargo  
no creo en juramentos, te lo juro.

## TENACIDAD (Al poeta Grilo)

Entre los dos mi corazón un día  
enterramos... ¿Te acuerdas?...  
Tu delicada mano abrió la fosa;  
tu pie menudo apisonó la tierra.

—¡Bien muerto está!...—dijiste y, sin mirarme,  
te alejaste riendo.  
Descansa—murmuré—corazón mío,  
descansa en tu sepulcro; ya era tiempo.

He pasado, al volver la primavera,  
por el rincón aquel tan silencioso...  
¡Oh corazón tenaz!... De él ha brotado  
una violeta azul como tus ojos.

## SILENCIO

En dos abismos resonó mi queja,  
y sólo en uno el eco ha respondido.  
uno respondió y era de roca...  
El otro fue tu corazón vacío.

## TRISTITIA PERUM

Abierto está el piano.....  
Ya no roza el marfil aquella mano  
más blanca que el marfil.  
La tierna melodía  
que a media voz cantaba, todavía  
descansa en el atril.

En el salón desierto  
el polvo ha penetrado y ha cubierto  
los muebles que ella usó.  
y de la chimenea  
sobre el rojo tapiz no balancea  
su péndola el reloj.

La aguja detenida  
en la hora cruel de su partida,  
otra no marcará.  
Junto al hogar, ya frío,  
tiende sus brazos el sillón vacío  
que esperándola está.

El comenzado encaje,  
en un rincón, espera quien trabaje

su delicada red.....  
La mustia enredadera  
se asoma por los vidrios y la espera  
moribunda de sed.....

De su autor preferido,  
la obra, en el pasaje interrumpido  
conserva la señal  
Aparece un instante  
del espejo en el fonda, su semblante...  
Ha mentido el cristal.

En pavorosa calma  
creciendo van las sombras... En ml alma  
van creciendo también.  
Por el combate rudo,  
vencido al fin, sobre el piano mudo  
vengo a apoyar mi sien.

Al golpear mi frente  
la madera, sus cuerdas tristemente  
comienzan a vibrar.  
En la caja sonora  
brota un sordo rumor... Alguien que llora  
al verme a mi llorar

Es un largo lamento  
al que se liga conocido acento  
que se aleja veloz...  
En la estancia sombría  
suena otra vez la tierna melodía  
que ella cantaba siempre a media voz.

SUEÑA.....

No despiertes aún... En los risueños  
abriles tan cercanos a tu cuna  
vas cabalgando al rayo de la luna  
en el corcel nevado de los sueños.....

Suelta la rienda de oro... los pequeños  
te atjarán con crítica importuna.....  
Déjalos que, envidiando tu fortuna,  
rían de tus quiméricos empeños.

De paso vas... Del éter estrellado  
no descieras a un mundo miserable  
que todo sueño en lágrimas disuelve.....

¡Antes se pierda tu corcel nevado  
en la noche callada, impenetrable,  
de esa región de la que nadie vuelve!.....

## ESPERANZA

Con cuatro tablas negras labró la muerte avara  
el ataúd estrecho, cerrado lentamente,  
donde sus restos pálidos deposité yo mismo.

Abismo sin orillas ni fondo nos separa...  
Con cuatro tablas negras he de formar un puente  
que cruzará el abismo.

## MEMENTO

Entre las hojas de un libro viejo  
guardo unas flores viejas también;  
flores y páginas amarillean  
y en unas y otras suelo leer.

El docto fraile que escribió el libro  
¡qué buenas cosas dice en latín!...  
Ante el cadáver de aquellas flores,  
de recuerdos brotan en mí!...

El libro dice:—Nada, en el mundo,  
nada hay de cierto más que el dolor...  
las flores dicen:—¿Te acuerdas?...  
el alma olvida lo que leyó.

Prosigue el fraile:—Di, peregrino  
que por la tierra cruzando vas,  
en tu destierro, ¿qué te acompaña?  
Rumor de lágrimas y oscuridad...

Oigo a las flores:—¡Qué hermoso día

¿Recuerdas?... Ibas cantando tú  
y ella riendo... y en el espacio  
y en vuestras almas ¡todo era luz!

El:—La hermosura, sombra que pasa...

Ellas:—Sí; sombra que inspira amar.

El:—En la nube Dios puso el rayo...

Ellas:—Las flores las hizo Dios.

¡Oh docto libro! Yo te venero,  
yo te consulto con ciega fe;  
¡pero es tan triste lo que me dices!...  
¡En tus palabras hay tanta hiel!...

Cuando a tus páginas amarillentas  
mi frente inclino con ansiedad,  
siento que en torno va anocheciendo;  
mis huesos hiela soplo glacial.

Por eso guardo como un tesoro  
esas reliquias del bien que huyó...  
Perdona ¡oh libro! mi cobardía  
si en ellas busco luz y calor.

Perdona ¡oh libro! si algunas veces,  
cuando tus frases me hacen sufrir,  
oigo a esas flores decir—¿Te acuerdas?...  
y olvido al punto lo que leí.

## LA RUECA

Enterremos la rueca. Vedla ociosa  
frente al hogar colgada.  
Ya la abuela con mano temblorosa  
no hace girar el huso en la velada.

El gigante de hierro la ha vencido,  
y en triste humillación su gloria trueca.  
La fábrica sus hornos ha encendido.  
Enterremos la rueca.

Ya del vapor atruena los talleres  
el rugido imperioso,  
y hombres robustos, débiles mujeres

son activos esclavos del coloso.

Pero no hay en sus rostros alegría  
como ayer, cuando en placido sosiego  
la venerable rueca los reunía  
junto al tranquilo fuego.

En torno de la rueca, iluminado  
por las llamas ruidosas  
del hogar, revolaba un matizado  
enjambre de irisadas mariposas.

En torno de la máquina batallan  
negros odios, anhelos y pasiones,  
que van minando el corazón y estallan  
en rudas explosiones.

Sin que agitara la ambición ardiente  
su espíritu sereno,  
la mujer a la rueca, tiernamente  
como a un niño, estrechó contra su seno.

La máquina voraz, pérfido lazo  
tiende al incauto obrero; si traidora  
por fin lo estrecha con mortal abrazo,  
rugiendo lo devora.

Con miedo y con amor, monstruo fecundo,  
te observo y te bendigo!...  
Humilde rueca, ven; meditabundo  
quiero darte mi adiós y hablar contigo.

Decirte quiero que tu oscura muerte  
algo roba también al alma mía,  
y que, besando tu cadáver, vierte  
lágrimas la Poesía.

Y recordar que en tiempos ya lejanos  
lograste por fortuna  
te acariciasen con sus blancas manos  
hermosas damas de altanera cuna.

Y en blasonado camarín oíste  
a la esposa nombrar lejana tierra  
hablando del ausente, y con voz triste  
contar lances de guerra...

Ya el huso girador en las veladas  
no voltea cual antes,  
ni a su compás agitan las rimadas  
tradiciones sus alas fulgurantes.

Enterremos la rueca: el más oculto  
rincón busquemos, apartado nido  
que no turbe jamás, como un insulto,  
del vapor el silbido.

La catedral severa nos ofrece  
su recinto callado...  
la vieja catedral en que parece  
vagar aún la sombra del pasado.

Busquemos en la nave silenciosa  
la capilla más sola, más distante,  
donde no haya más luz que la dudosa  
de lámpara oscilante.

A donde llegue apenas el lamento  
de remotas campanas;  
donde vibre del órgano el acento  
como un coro de voces muy lejanas.

Donde admirar se puedan, esculpidos  
en los sillares toscos y desnudos,  
nombres para la Historia conocidos  
y gloriosos escudos.

Donde more la Fe, lo permanente,  
lo que nunca vacila,  
allí la humilde rueca eternamente  
podrá, olvidada, reposar tranquila.

Y al traspasar del templo los umbrales  
el fúnebre cortejo, con tristeza,  
para verla, en sus lechos sepulcrales,  
las antiguas estatuas señoriales  
volverán la cabeza.

ORACION

El día en que las madres a sus hijos  
no enseñen a rezar;  
el día en que de Dios, junto a la cuna,  
no les hablen, ¿de qué les hablarán?...

Seca, Señor, los pechos de esas madres  
que la vida del alma no han de dar....  
Para nutrir el cuerpo  
bastan las fieras que creaste ya.

## MARIPOSAS BLANCAS

Con la primer aurora  
de la estación templada,  
el aire azul se puebla  
de mariposas blancas.

Entre los altos robles,  
en luminosa ráfaga,  
navegan despidiendo  
relámpagos de plata.

Su vuelo no es altivo:  
la estrella es para el águila;  
para las mariposas  
la flor entre las zarzas.

En cálices vistosos  
la sed ardiente sacian,  
y la embriaguez les hace  
girar atolondradas.

La luz y la alegría  
por donde van derraman...  
Los maliciosos faunos  
se ríen en cuando pasan.

...

Las mariposas huyen  
al caer de las hojas,  
y la tristeza invade  
los campos que abandonan.

¿En qué rincón del cielo  
se ocultan misteriosas?...  
¿Qué flor de invierno albergue  
les brinda en su corola?...

Inútil es buscarlas  
en esas largas horas  
en que las nieblas húmedas  
los horizontes borran.

Los faunos las recuerdan  
mirando entre las sombras  
pasar los copos blancos  
de nieve silenciosa.

Mas de improviso el cielo  
tibio fulgor cobra,  
y el aire azul se puebla  
de blancas mariposas.

.....

Yo sé de un viejo tronco  
sin hojas ya en sus ramas,  
donde en invierno duermen  
las pobres desterradas;

y, aunque él desnudo tiembla,  
las cubre y las ampara  
mientras las nieblas frías  
el horizonte empañan...

Yo sé de un alma triste  
que allá en su fondo guarda  
deslumbrador enjambre  
de canciones aladas,

y las defiende ansiosa  
de la mortal escarcha  
mientras las nieblas velen  
el sol de la esperanza...

¿Te ríes?... Que tus ojos  
den calor a mi alma.  
¡Verás poblarse el aire  
de mariposas blancas!...

## CONSEJO

Luzbel (que, mientras Dios hizo la rosa,  
la espina modeló traidoramente)  
en un remanso de agua transparente  
vertió al pasar su baba ponzoñosa.

Contemplándose en él Eva curiosa  
dejó caer, al inclinar su frente,  
la flor que la adornaba, y sonriente  
creyó al cristal que la llamaba hermosa.

Cerró los ojos y se vio sin ella  
en otro espejo... tímidos sonrojos  
sintió, y después mortales agonías...

Cuando el tuyo consultes, niña bella,  
para mirarte bien, cierra los ojos  
y quiera Dios que entonces te sonrías.

## VIDRIERA

*Rernittuntur ei peccata malta  
quoniam dilexit multum.*

La vasta catedral, en cuya seno  
el más tenue sonido se agiganta  
con tono grave de lejano trueno,  
yace en vago crepúsculo sumida.  
Las delicadas verjas brillanta  
y presta a las estatuas sepulcrales  
apariencias de vida  
dudosa luz cernida  
par las altas vidrieras ojivales.

Al final de la nave, cuyo ambiente  
conserva olores de humedad e incienso,  
rasga el macizo muro de repente  
el ventanal inmenso.  
Fantástica guirnalda festonea

el tímpano elegante y transparente  
por delgadas columnas dividida,  
y en ella el mármol, dócil a la idea,  
es fruta, es flor, semblante contraído  
por histérica risa o por el llanto,  
genio can alas, monstruo que serpea,  
formas que inspiran devoción o espanto  
y que bullen, se injertan a se enlazan  
en las curvas que trazan  
las recortadas hojas del acanto.

Por ella orlado, dando a sus primores  
transparencia de encajes,  
el ventanal diáfano se extiende:  
palpitan en los vidrios de colores  
bíblicos personajes  
llenos de vida, con bordados trajes,  
y cuya faz enciende  
de una luz interior los resplandores.

En aquella penumbra misteriosa,  
con placer la mirada ensombrecida  
ye surgir la vidriera luminosa  
coma visión gloriosa  
entre el cielo y la tierra suspendida.

Es Jesús, el Dios—hombre: su hermosura  
majestuosa y dulce lo delata  
más que el delgado círculo de plata  
que en el aire fulgura  
girando sin cesar sobre su frente;  
el manto azul, la túnica escarlata,  
una piedad sencilla y reverente  
decoró con estofa reluciente.  
Hay tristeza en sus ojos y ternura,  
y con grave postura  
en e lecho del huésped recostado,  
junto a la mesa del festín, dirige  
su palabra a Simón el fariseo  
que le escucha, con otros, asombrado.

Bella, coma soñar pudo el deseo,  
y aún más, pues el tormento que la aflige  
robándola el color, la diviniza,  
el lujoso ropaje mal ceñido,  
una mujer de rostro dolorida

desplomada y sin fuerzas agoniza:  
por sus rosados hombros se desliza  
la cabellera de oro fulgurante,  
y asoma entre los rizos, mal cubierta,  
la nieve de su seno palpitante  
con nueva herida para siempre abierta.

Tras prolongada lucha, en abandono  
mortal, su cuerpo lacio  
cayó al suelo, y levanta muy despacio  
mirada suplicante, sin encono,  
pero en que todo su pasado flota,  
pasado de un amor que otro destruye,  
hacia el Maestro, cuyos pies inunda  
con el agua clarísima que fluye  
de sus azules ojos gata a gota.

Parecen rechazar, con iracunda  
amenaza y con gesto destemplado,  
de tan hermosa escena los testigos,  
a la doliente esclava del pecado:  
no ven que su conciencia ha despertado  
y con ella el mayor de los castigos.  
Del llanto aquel las redentoras perlas  
no excitan su piedad, e indiferentes  
escuchan las clementes  
palabras de Jesús sin entenderlas.

Descorrido en el fondo el cortinaje  
se descubre el paisaje  
y se ven los viñedos trepadores  
rodear la colina,  
y elevar sus penachos tembladores  
las palmas sobre múltiples verdores  
y baja el clara sol de Palestina.

...

Mujer, yo te seguí como severo  
remordimiento el día en que velada  
por negras blondas, con andar ligero,  
sin duda huyendo del pasado triste,  
llorosa y enlutada,  
en la nave del templo apareciste.

En el rincón más hondo, más sombrío,

caíste de rodillas... Mi memoria  
removió con hastío  
el lodazal inmundo de tu historia...

Recordé nuestro amor, cruel afrenta  
no castigada aún... Odio creciente  
amontonó sus sombras en mi mente  
con siniestros hervores de tormenta,  
y ciego de pasión, de juicio falto,  
a Dios pedí venganza...

De lo alto  
una ráfaga vino como suelto  
listón de luz suave,  
se recortó en las sombras de la nave  
y tu pálido rostro quedó envuelto  
en rosada aureola...

No eras tú, no eras tú... De tu belleza  
¿qué fue?... Mar borrascoso de amargura  
rugiendo la borro can fugaz ala...  
¿Qué había en tu actitud, en tu tristeza,  
de divino? Al narrar tu desventura  
con labios, ya marchitos, que movías  
tan lentamente, ¿a Dios qué le pedías?...

No eras aquélla tú... De tu mirada  
humilde, dolorosa, suplicante,  
brotaba luz... Te vi transfigurada.  
Era el solemne instante  
en que despierta un alma. Convertido  
en respeta el rencor, tu bochornoso  
pasado di al olvido,  
y el pecho que tú heriste, generoso  
se arrepintió de haberte maldecido.

Alcé los ojos como tú atraído  
por fuerza misteriosa...  
En lo alto de la nave ensombrecida  
contemplé la vidriera luminosa  
coma visión gloriosa  
entre el cielo y la tierra suspendida...

Mujer, ve en paz... La aparición sublime  
grabó en mi corazón alta enseñanza.  
Cuando la riega llanto que redime

brotan siempre la flor de la esperanza.

No temas ..... Si a veces con mi pena  
alguna vez entristecido luché,  
del alma en lo más íntimo resuena  
aquella voz que dijo a Magdalena:  
“Yo te perdono, porque amaste mucho”.

## VA DE CUENTO

Un cuento me pides, clara se adivina  
en tus ojos grandes al mirarme atentos.  
¿Va de cuento? Vaya. Seré mi heroína  
la princesa rubia de los rancios cuentos.

La princesa rubia de ojos parecidos  
a los tuyos, Laura, grandes, pensadores;  
que daba sus joyas a los desvalidos  
y se alimentaba con jugos de flores.

La princesa rubia de pies añejados  
que hubiera podido calzar tus chapines;  
la que remontaba ríos plateados  
unciendo a una concha ligeros delfines.

De la que aprendieron las trovas rimadas,  
que al rayar el día cantan, los jilgueros.  
Aquella princesa por cuyas miradas  
sus lanzas cruzaron tantos caballeros.

La que va tejiendo delicados tules,  
que bordó de estrellas hada bienhechora,  
por entre las brumas de cuentos azules,  
en pos de un ensueño de color de aurora.

Sin cesar llegaban a pedir su mano,  
(breve cual la tuya) con vistosos trajes,  
ya un príncipe negro de país lejano,  
ya un guerrero altivo cercado de pajes.

Desfilaban todos... Ella desdeñosa  
con el abanico sus ojos cubría  
(por el varillaje mirando curiosa)  
y ellos se alejaban con melancolía.

Como tantos eran nobles paladines,  
duques, infanzones, los que iban llegando,  
hizo el rey su padre a son de clarines  
por toda la tierra publicar un bando.

Y el banda decía: “Mientras sonrosada  
la primer aurora de Abril no despierta,  
para todos cierro mi real morada;  
ningún caminante llamará a su puerta.

Pero en ese día todos las galanes  
que por la princesa suspiran dolientes,  
sufren mal de amores y ocultan afanes,  
vengan a mi alcázar, traigan sus presentes.

Y cuando desfilen ante el áureo trono  
verá el preferido que la bella arroja  
su abanico al suelo con dulce abandono,  
para que el dichoso mortal la recoja.”

No bien los jilgueros tan madrugadores,  
dijeron: “Ya es hora; la suerte os invita,”  
multitud brillante de erguidos señores  
del amor en alas acudió a la cita.

Sobre rico trono de metal bruñido,  
cercado de damas, bella entre las bellas,  
la princesa rubia lucía un vestido  
de ligeras tules bardado de estrellas.

Ni una perla ornaba sus trenzas sedosas,  
que sembró de flores, con modestia suma,  
y agitaba, obsequio de hadas primorosas,  
precioso abanico de rizada pluma.

Desfilando fueron por la regia sala  
príncipes, magnates de altanero porte:  
llevaban heraldos con trajes de gala;  
sus pasos seguía numerosa corte.

Y graciosos pajes, en lindas bandejas  
traían presentes: ya caros trofeos  
de gloriosas lides; ya bandas bermejas  
con valor ganadas en nobles torneos;

ya viejo amuleto labrado en Oriente,  
contra encantadores defensa segura;  
ya piedras preciosas de luz esplendente:  
ya telas y pieles de rara hermosura.

Pero su abanico no dejó un instante  
caer la princesa, con dulce abandono...  
Todos se alejaban, cuando suplicante  
galán inclinóse frente al noble trono.

Su traje era humilde; su actitud sombría;  
no le acompañaban fieles servidores;  
y sobre su espalda pendiente traía  
el laúd, tesoro de los trovadores.

En las gradas puso la rodilla, y dijo:  
—Mal aconsejado por amor, señora,  
vengo a vuestras plantas, y a vos me dirijo  
en pos de un ensueño de color de aurora.

Pero no as extrañe, si de amores loco  
busco mi sentencia con mi atrevimiento  
no temo al castigo que al hablar provoqué,  
porque ya en mi crimen hallé mi tormento.

Llego aquí cantando como van las aves  
por la selva: os cedo mi laúd templado.  
De ciudad rendida no esperéis las llaves,  
ni gigante odioso por mí encadenado.

Libre soy: no envidio ni ambiciono nada.  
De mundos soñados ser el rey presumo.  
Tomadlos, señora tomad, si os agrada,  
mis castillos de aire, mi corona de humo.

Aunque mi tesoro cabe en mi escarcela,  
mayor os lo guarda mi amoroso anhelo  
en la pura estrofa que sin alas vuela  
sobre el lodo y sube reflejando el cielo”.

Esto dijo; luego saludó a ha hermosa  
sin alarde altivo; pero grave y firme.  
La princesa rubia he oyó silenciosa  
y se sonreía... como tú al oírme.

.....

.....

¿Cómo acaba el cuenta?... Solución no hay.  
A tus pies de hinojos, Laura, te suplico  
que tú lo termines: ya te miro y callo...  
En tus manos blancas está el abanico.

## MI UNICO ENEMIGO

Amigo cariñoso en apariencia  
y en realidad verdugo, de mi suerte  
decide a su capricho con el fuerte  
poder de su satánica elocuencia:

en torpe desaliento, sin clemencia,  
toda viril aspiración convierte  
y triunfa, y hace luego que despierte  
voraz remordimiento en mi conciencia.

Tú lo sabes, Dios mío, la mezquina  
loca pasión, el vergonzoso miedo,  
la duda y el estéril egoísmo

son armas con que lucha y me domina...  
¡Véncele Tú, Señor, que yo no puedo,  
no le puedo vencer, pues soy yo mismo!

## MORFINA

El dolor—¡oh misterio!—  
el dolor no es el mal: es el cauterio  
que a nuestra corrupción el cielo aplica.  
(Federico Balart)

—Será la vez postrera...  
dije al doctor. Negóse tenazmente.  
Insistí, con mirada lastimera,  
con suplicante voz, y a mi porfía  
tuvo al fin que ceder...  
¡Con qué alegría  
sentí correr el bienhechor torrente  
por mis arterias que el dolor rompía!

—Sé que con este bálsamo se acorta  
mi vida; mas ¿qué importa,  
doctor, cuando la vida es un tormento?...

Sé que con él evoco la locura,  
que mi mal acrecienta;  
pero ven, falso amigo que me engañas,  
pues sólo tú consigues un momento  
aplacar la rabiosa mordedura  
del áspid que devora mis entrañas...

La nerviosa tensión, la calentura  
huyeron: lentamente mis pestañas  
se entornaron con dulce somnolencia...  
y, aunque despierto aún en apariencia,  
comencé a vislumbrar cosas extrañas.

Sentado frente a mí, fuerte, robusto,  
me miraba el doctor compadecido.  
Sin separar mis ojos de aquel busto  
juvenil y sereno,  
que alumbraba de lleno  
la lámpara, dejéme sorprendido  
transformación pasmosa... De repente  
vi arrugarse su frente,  
encanecer la barba prolongada,  
de su cráneo desnudo y oscilante  
caer hasta rozar el pecho hundido  
largas hebras de plata fulgurante,  
y en su boca sumida y desdentada  
irse trocando, la sonrisa en mueca...

Le contemplé de ropas despojado,  
corroído de lepra y encorvado:  
bajo la piel amoratada y seca,  
por repugnantes úlceras manchada,  
pude contar sus huesos, sus costillas...  
Sin ruido alguno, como ingrave sombra,  
de su sillón se deslizó a la alfombra,  
puso en ella sus manos amarillas,  
y quedó acurrucado y pensativo  
apoyando la barba en las rodillas.

De las cerdosas cejas bajo el arco,  
en el oscuro marco

de las cuencas brotó destello vivo  
de misterioso fuego:  
vi llamaradas de dolor veloces  
surcar sus ojos; se apagaron luego,  
y con dulce sosiego  
miróme y dijo:  
¿me reconoces?...  
Soy Job, el Idumeo, el varón fuerte...  
¿Sabes lo que sufrí?... No, no lo ignoras.  
Pero más sufro al verte...  
No ha cambiado aún la humana suerte!  
¿De qué ha servido el curso de la horas?

Yo deshice el error de Prometeo  
diciendo al hombre: en vano  
las alas vigorosas del deseo  
hacia un punto lejano  
agitarás sobre el oscuro abismo.  
¿Buscas grandeza?... Búscala en ti mismo.

Y sufrí; que del hombre la grandeza  
sólo en sufrir consiste,  
y fue mi vida triste,  
borrón de la cruel Naturaleza;  
y cuanto más injusta  
conmigo fue, mi frente más augusta  
se levantó... ¿Lo dudas?... En la historia  
elocuente del hombre  
al suprimir mi nombre,  
que es el dolor, suprimiréis su gloria.

Y tú cobarde gimes y en el tedio  
que te domina quebrantar tu yugo  
intentas sin buscar otro remedio  
que de esas hierbas el amargo jugo  
que ha de ser, bien lo sabes, tu verdugo.  
Después de tantos siglos ¿eso es todo  
lo que habéis descubierto?... ¿Mis remotas  
palabras ya no oís, ni de otro modo  
fortalecéis el miserable lodo  
que con el triste engaño de esas gotas?...

¡Oh! ¡Con cuánta amargura te contemplo!...  
¿Qué ha hecho la Humanidad?... Sé que adelanta,  
que en busca de la luz mueve su planta  
y de la Ciencia en el solemne templo

lauros y lauros sin cesar suspende;  
pero ¿de qué la sirven si no aprende  
las lecciones sublimes del ejemplo?...  
¡Suprimir el dolor~... ¡Necia quimera!...

La existencia sin él fuera mezquina.  
¿Suprimiréis la rosa por la espina?  
Sin el dolor el hombre, ¿supiera  
de su extirpe divina,  
ni cómo pensaría en el mañana?...

Lucha es la vida humana,  
lucha siempre será. Si no barruntas  
la suprema razón que entenebrece  
del universo la mitad en tanto  
que la otra resplandece;  
si no adivinas del progreso santo  
la ley, tu ceguedad ya no merece  
que responda mi voz a tus preguntas.

En región de tinieblas engendrado,  
con dolor a la vida te ha lanzado  
tu madre y con dolor darás la vida.  
Vencerlo es tu misión; si tanto alcanza  
la Humanidad, su fin habrá logrado;  
pero ¡ay de mí que, loca y aturdida,  
desprecia mi enseñanza  
y al través de los siglos ha olvidado  
que los ojos que aquí nunca han llorado  
no reflejan la luz de la esperanza!

Arroja el frasco inútil y engañoso:  
con viril entereza logre verte  
sufrir, y cuando busques el reposo  
dícetame te daré más generoso,  
que el negro jugo que en tus venas vierte  
traidora cobardía...  
¿Temes morir?... ¿Ignoras todavía,  
miserable mortal, lo que es la muerte?...

Tornó al silencio el mártir. Vaporosa  
niebla surgiendo fue; por ella envuelta,  
cada vez más confusa, más borrosa,  
vi su figura, hasta que al fin disuelta  
quedó en el aire la visión gloriosa.

Desperté, si fue sueño... que aún lo dudo,  
El doctor ante mí, grave, sereno,  
en su semblante juvenil y rudo  
recibía de lleno  
la luz, y me miró compadecido.  
Por un impulso superior movido  
con vergüenza y con asco  
el cristalino frasco  
estrellé contra el suelo...

Sonriente  
su mano me tendió, que estreché ufano,  
el doctor; pero no, no fue su mano  
sonrosada y caliente  
la que oprimí con gratitud vehemente  
(Tal vez duraba aún la pesadilla).....  
Fue la de Job, helada y amarilla.

#### DUELO INTERRUMPIDO

Chocaron nuestras miradas  
como espadas  
que se cruzan para herir.  
—¡Me engañabas!—yo decía  
con la mía  
Y ella con la suya:—Sí.

Vino el golpe tan derecho  
que mi pecho  
vertió sangriento raudal.  
De su seno, por mí herido,  
sorprendido,  
no vi la sangre brotar.

Ella sonrió insolente...  
De repente  
—¡Alto!—un testigo exclamó.  
Sondearon su costado  
desgarrado....  
No tenía corazón.

#### ANTE LA ESFINGE

Ávida de saber, nunca saciada,  
en la sombra sentada,  
contemplando a la esfinge mi alma está.  
¡Oh, si abriendo sus labios de granito  
me dijese:—Mortal, yo lo permito:  
pregunta, que mi voz responderá!...

Yo lo sé todo... ¿Quieres  
penetrar el origen de los seres...  
de los hechos la oculta relación?...  
¿Averiguar acaso lo que encierra  
en sus entrañas lóbregas la tierra?...  
¿El mañana leer de la creación?...

¿Surcar del éter el callado abismo?...  
¿Conocerte a ti mismo?...  
¿El polvo del pasado remover?...  
¿Contar los astros?... ¿Descifrar la muerte?...  
Habla: dispuesta me hallo a complacerte.  
¿Qué pretendes saber?...

Entonces yo diría:  
—¡Oh misteriosa esfinge, el alma mía  
todo eso y más anhela descubrir!...  
Pero antes desvanece amarga duda.  
¿Por qué aquella mujer no me saluda,  
o me saluda ya sin sonreír?...

## EL SECRETO

¡El príncipe se muere!... repiten con tristeza  
las sabios que, reunidas en numeroso bando,  
parar en vano intentan el golpe que le hiere.  
Y, en torno de la cuna dorada de su Alteza,  
sus venerables calvas agrupan murmurando:  
—¿Pero de qué se muere?...

Ya va la triste nueva rodando por las calles:  
las puertas del alcázar con su oleaje azota  
durante noche y día el bullidor gentío.  
Ya surca la noticia los montes y las valles,  
y las fronteras salta, y adonde llega brota  
confuso vocerío...

¡El príncipe se muere! Las madres con cariño  
inútilmente rezan; la ciencia no la salva  
el cónclave de sabios discute en vano inquieta.  
¿Pero de qué se muere? Junto al augusto niño  
murmuran... ¡Oh, doctores de venerable calva!  
Ya estoy en el secreto.

Ya estoy en el secreto del ángel que nos deja...  
En hora ingrata al mundo lo trajo la Fortuna.  
Por darle la existencia su madre la perdía...  
Nació enfermizo, débil: desgarradora queja  
su corta vida ha sido: la blasonada cuna  
no pudo hallar más fría.

De la lujosa cámara los muebles deslumbrantes,  
las lunas de Venecia, los frescos brilladores,  
los uniformes varios, azules, verdes, rojos,  
los múltiples juguetes tan lindos e incitantes,  
jamás del niño enfermo lograron, tentadores,  
hacer abrir las ojos.

Pero cuando en la tarde rodaba por la alfombra  
junto al balcón diáfano su cuna cincelada,  
quedaba el ángel preso de una emoción divina:  
en un jirón de cielo, entre azulada sombra,  
veía el niño en éxtasis nacer la plateada  
estrella vespertina.

Las ajos muy abiertos, los puños muy cerrados,  
los brazos extendidos con ademán violento,  
decía en su lenguaje:—¡Señor, dame la estrella!...  
Sus ruegos fueron muchos, sus gritos prolongados,  
y Dios, que al fin es Padre, con bondadoso acento,  
le dijo:—Ven por ella...

Yo estoy en el secreto; por eso, indiferente,  
no inclino mis oídos al clamoroso estruendo  
de la ambición mezclada con el temor cobarde,  
y pienso en la alegría del ángel inocente  
que al fin abre sus alas y busca sonriendo  
por el azul espacio la estrella de la tarde.

NON EST HIC

Con el vago ropaje que vistes  
y que toma el color del deseo;  
con tu risa que alegra a los tristes  
¡oh dicha! si existes,  
¿en dónde te ocultas que nunca te veo?

Tarde ya, me contó la experiencia  
que mis sueños de niño mecía  
de tu voz la suave cadencia.  
Traidora inocencia! ...  
Yo estaba en tus brazos y no lo sabía.

Rico en fe, si de fuerzas escaso,  
emprendí fatigoso viaje  
preguntando por ti a cada paso  
y viendo, al acaso,  
flotar, siempre lejos, tu leve ropaje.

—Allí está, me decía la gente,  
del sendero al doblar el recodo  
ha flotado su manto esplendente...  
Llegaba impaciente  
y sólo encontraba tu huella en el lodo.

Del laurel al amparo reposa,  
pensé yo... del alcázar dorado  
tal vez more en estancia lujosa...  
Con voz anhelosa  
pregunté y dijeron:—Por aquí ha pasado.

—Aquí está, desarruga tu ceño,  
dijo Amor: ya no tiembles de frío...  
y un hogar me indicaba risueño.  
¡Inútil empeño!...  
Junto al fuego estaba tu sitio vacío.

Y seguí mi camino adelante,  
y al abismo bajé con arrojo,  
y la cima escalé jadeante...  
y, siempre distante,  
tu veste ondulaba teñida a mi antojo.

De mi vida se acorta el sendero...  
Ya cercano el reposo barrunto...  
Como aquí conseguirte no espero,

ni el paso acelero  
ni por ti, cual antes, a nadie pregunto.

Y en la muerte al pensar, fatigado,  
este afán más intenso despierta...  
En las sombras de sueño callado  
tu veste ha flotado...  
¡Qué a tiempo entreabres sepulcro tu puerta!

¡PARA SIEMPRE!

Mientras ella con plácido abandono  
dormía, yo intranquilo  
sentí en la oscuridad honda tristeza  
y una voz escuché que así me dijo:

—¿No lo sabéis, amantes? Cada beso  
es un paso que dais hacia la muerte.  
La vida se nos va, se nos va aprisa  
y aún decís: ¡Para siempre!

Perdiendo va la flor, con el aroma,  
su vida en oleadas invisibles.  
Si aspiráis un aliento perfumado  
recogéis una vida que se extingue.

Con afán vuestro pecho palpitante  
al suyo unís que la pasión levanta;  
pero, a cada latido, en vuestro cielo  
una estrella se apaga.

Acarician los labios tersa frente  
que la sangre hervorosa colorea...  
¡Oh enamorados! Con la piel suave  
acariciáis también la calavera.

Juntos pensáis estar toda la vida,  
es decir, unos rápidos segundos.  
Después... el ataúd es muy estrecho  
para estar en él juntos.

Enlazed, enlazed a su cintura  
vuestros brazos, fundid vuestros destinos;  
forjad nudos tan fuertes que no logren

aflojarlos el tiempo ni el hastío.

Vuestros ojos cerrad y que no vean  
cómo la piel se arruga y palidece;  
cómo el rubio cabello va tomando  
el color de la nieve.

Cómo la edad hacia la tierra encorva  
el talle, y los contornos desfigura;  
cómo parecen, al besar, sus labios  
pétalos sin color de flores mustias.

Conservad la ilusión; en vuestro nido  
clavad la mariposa plateada,  
y, aunque muerta, el fulgor de los recuerdos  
hará brillar sus alas.

Vivid en el pasado; vuestro idioma  
no cambie con el curso de los días.  
Del reloj desoíd la voz molesta.  
Las ascuas avivad entre cenizas.

Mas sabed que esos brazos su cintura  
con ansiedad inútil aprisionan...  
Entre ellos sentiréis que al fin resbala  
como impalpable sombra...

Calló la voz. El alba lentamente  
avanzó por el cielo,  
iluminó la estancia, y yo me dije,  
mientras ella soñaba sonriendo:

Como impalpable sombra, entre mis brazos  
que con afán inútil la retienen,  
resbalará, lo sé; vencí al hastío;  
no venceré a la muerte.

Pero al unir mis labios a los suyos  
lo que aspiro es el alma en cada beso,  
y el alma busco en sus rasgados ojos  
cuando me miro con amor en ellos.

Al través de su frente de alabastro  
con misteriosa luz se transparenta,  
y hace ondular las curvas de su seno  
y en su voz me penetra.

Yo lo amo todo en ella, porque en todo  
siento un alma latir que también ama.  
No amó Pigmalión el mármol frío  
sin infundirle, con su amor, un alma.

Ya podéis blanquear, cabellos de aro;  
podéis palidecer, labios de rosa;  
resbala entre mis brazos, frágil cuerpo,  
como impalpable sombra.

Lo que os ennoblecía y me hizo amaros  
al ataúd estrecho no desciende.  
Encantos que morís, no es a vosotros  
a los que dice el alma: "Para siempre".

## SUPERSTICION

Desierto está el jardín... De su tardanza  
no adivino el motivo... El tiempo avanza...  
Duda tenaz, no turbes mi reposo.  
Comienza a vacilar mi confianza...  
El miedo me hace ser supersticioso.

¡Cómo asustado el pensamiento vuela!...  
Si aparece, al llegar, en la cancela,  
será que es fiel... Si acude a nuestra cita  
por el postigo, entonces no recela  
mi amor en vano... ¡Dios no lo permita!

¡Huye, duda; del alma te destierro!  
Por la cancela de dorado hierro  
vendrá... Pero, Señor, ¿qué la detiene?...  
Sus pasos oigo ya... Los ojos cierro  
que no quiero saber por dónde viene.

## NAUFRAGOS

¡Adelante!... Los vientos de la noche  
levantan alas negras.  
Clavado está el timón... ¡Oh, qué lejana  
la luz que perseguimos centellea!...

Por la redonda espalda de las alas  
nuestra barquilla rueda...  
Ya brotan de las tablas desunidas  
largas crujidas que parecen quejas...

Pronto naufragará... ¿Pero, qué importa?  
Esa luz nos espera  
brillando allá. en la línea en que se funden  
el crespas mar y el cielo sin estrellas.

¡Adelante!... Olvidad ya para siempre  
la abandonada tierra.  
Quien la dejó por perseguir un sueño  
sólo sin vida o sin honor regresa.

Cada palpitación del hondo abismo,  
cada sima entreabierto,  
puede un sepulcro ser; pero es un paso  
que a la luz codiciada nos acerca.

¡Locura!... Ya la sé, vieja locura:  
coma el alma, de vieja.  
En el dintel nació del paraíso  
al mancharlo la lágrima primera.

Amar al ideal, fiebre incurable,  
sed nunca satisfecha:  
tú durarás lo que en el tiempo duren  
abrazados espíritu y materia.

Sin ti la Humanidad borrarse mira  
sus timbres de nobleza,  
y adelgazarse el muro que separa  
el santo hogar del antro de la fiera.

Sus alas das a la sentida estrofa,  
su luz a la sentencia,  
y palpitas oculto en el misterio  
de la nota, del lienzo y de la piedra.

Mientras dure el dolor, mientras las almas  
sangren en la pelea,  
ojos habrá que en lágrimas bañados  
hacia esa luz con ansiedad se vuelvan.

Dios la encendió en la línea en que se une  
con el cielo la tierra...  
Pocos logran llegar... Quien lo consigue  
su nombre baña en claridad eterna.

¡Oh! Cuántos restos en las aguas flotan  
de barquillas deshechas!...  
En sus alas, los vientos de la noche  
cuántos suspiros de agonía llevan!...

Oscilando en el móvil oleaje,  
con lividez intensa  
y contraídas por adusto ceno,  
las frentes de los náufragos blanquean.

Faltó a sus pies la tabla salvadora  
y a sus brazos la fuerza,  
y rígidos descienden al abismo  
que nunca ya devolverá su presa.

De sus ojos, vidriados por la muerte,  
la mirada postrera  
aún parece buscar, allá a lo lejos,  
esa luz que en las sombras centellea.

¡No llegaron!... Las aguas del olvido  
tan amargas, tan yertas,  
borrarán al cerrarse un nombre oscuro.  
¿Quién de los pobres náufragos se acuerda?

Yo los miro pasar... las olas turbias  
sus cuerpos balancean  
como despojo inútil... yo los miro  
hundirse, con respeto y con tristeza.

Lucharon el intento generoso  
y la fortuna adversa.  
Nadie los vio luchar, hora tras hora,  
sin temor, sin estímulo, sin tregua.

Esperadme... Yo soy de los que sienten  
vuestra angustia secreta,  
y sin embargo luchan... Esperadme.  
Yo soy también de aquellos que no llegan.

Yo soy también de aquellos que comparten

toda humana dolencia;  
de los que, en batallar desconocido,  
todo lo pierden y la fe conservan.

Esperadme... Quizá. no tarde mucho  
en blanquear mi frente con las vuestras,  
por misterioso ceno contraídas  
y amortajadas por las alas negras.

## LA ESTATUA CAIDA (A mi hermano Adolfo)

En la gruta del parque abandonado  
lo vi, al pasar, caído  
del pedestal que fue trono envidiado.  
Era un dios; no sé cuál... ¡Tantos han sido  
los que la Humanidad ha derribado!...

Por la arboleda, vaga salmodía  
como un adiós eterno sonaba opacamente.  
Anochecía. Con besos sin calor se despedía  
de la pálida estatua sol de invierno.

Inmóvil, mudo, en soledad medrosa,  
el derribado bulto  
brillaba con blancura misteriosa.  
Yo lo creí cadáver insepulto  
que me pedía la negada fosa.

No perdió en la caída su grandeza.  
Pallium tejió severo  
sobre sus desnudeces la maleza,  
velando así la olímpica belleza  
que palpita en los números de Homero.

Parecía esquivar, como indignada,  
la divina escultura  
vil contacto de tierra encenagada,  
levantando en extática postura  
su frente pensativa y coronada.

Aún la diestra de mármol arrogante  
sujetaba con brío  
el cáliz de los dioses elegante:

cáliz que rebosó néctar fragante,  
ya para siempre inútil y vacío.

El dios que a los mortales amó tanto  
guardó el cáliz glorioso  
esperando, tal vez, en su quebranto  
que lo llenara el hombre generoso  
con la ambrosía del dolor: el llanto.

¡Y se engañaba el dios! Mas un lamento  
de prolongadas notas,  
respondió al enojoso pensamiento...  
De aquellas rocas húmedas, con lento  
compás caían sollozantes gotas.

¡Oh, Suprema Piedad!... Aquel gemido  
era tu voz doliente  
llorando de los hombres el olvido.  
Tú llenabas el cáliz lentamente  
con llanto de las rocas desprendido.

Por el son de las gotas arrullada,  
en abstracción constante,  
la pensativa estatua derribada  
hundía en el espacio su mirada  
como atraída por visión distante.

Interrogué, por ella fascinado,  
su mirada tranquila,  
y así como en las aguas reflejado  
tiembla el sal, en sus ojos sin pupila  
vi temblar el reflejo del pasado.

Y leí de sus ojos en lo oscuro:  
—¿Qué tenebrosa idea  
del artista aguzaba el hierro duro?...  
¿Quién me hizo dios y luego el inseguro  
pedestal derribó?... ¡Maldito sea!

¡Oh fugitiva luz!... Rastro sereno  
de días ya remotos,  
no te apagues aún, de encanto lleno  
fulgura mientras van mis miembros rotos  
confundiéndose informes con el cieno.

¿Quién turbó mi reposo?... ¿Qué locura,

golpeando incesante,  
deslizó por la piedra tosca y dura  
esa línea que ondula palpitante  
con el ritmo ideal de la hermosura?...

¿Quién cinceló mi pecho levantado  
por inmortal anhelo  
y en las esbeltas alas modelado?...  
¿Quién a mi tersa frente dio, inspirado,  
la misteriosa redondez del cielo?

¿Para qué la ciñó cerco divino,  
que es de espinas ahora,  
y el noble cáliz a mis manos vino  
que de la vida el néctar atesora,  
si era morder el polvo mi destino?

Del que ornó con diadema escarnecida  
mis sienes altaneras,  
sea la raza infame maldecida...  
—¡Calla, la interrumpí Calla y olvida.  
No maldigas al hombre... Si supieras!

Pobre mármol, tan frágil como hermoso,  
que en polvo te deshaces,  
de la montaña al seno tenebroso  
volando van tus átomos fugaces,  
y allí de nuevo encontraron reposo.

Pero el que te formó no halla sosiego.  
Consigo mismo en guerra,  
no conoce la paz y marcha ciego,  
labrando dioses que derriba luego  
y que marcan su paso por la tierra.

De la humana pasión cada latido,  
tomando forma y nombre,  
fue un dios ayer por otro dios vencido;  
un ideal es hoy que olvida el hombre  
por otros ideales seducido.

La sed de lo absoluto le devora  
con ansiedad creciente,  
y en esos vanos ídolos que adora  
una chispa encerró deslumbradora  
de la hermosura que al soñar presiente.

Sólo una chispa de fulgor escaso  
que breve se desliza  
cuando él en sueños ve sol sin ocaso...  
¡Eterna sed al hombre martiriza,  
y una gota no más encierra el vaso!...

“Tú misma, estatua mutilada y vieja,  
con tus contornos bellos,  
la sed irritas que al mortal aqueja.  
Tu hermosura fugaz solo refleja  
de un eterno ideal vagos destellos.

Piensa que él ama el ídolo elevado  
en sus débiles hombros;  
que lo mira caer desconsolado,  
y antes de hollar su planta los escombros,  
con llanto de dolor los ha regado.

¡Oh! Si tú conocieras el tormento  
de la impotencia humana,  
¿Cómo podría maldecir tu acento?...  
El hombre no reposa ni un momento...  
Tú, pobre dios, descansarás mañana.

Me oyó la estatua; su expresión altiva  
mi voz trocó en ternura,  
y la vi, meditando compasiva  
levantar en extática postura  
su frente coronada y pensativa.

Comenzaba la noche. En esa hora  
que lo entristece todo,  
me alejé de la gruta donde mora  
el dios: en soledad aterradora  
quedóse blanqueando sobre el lodo.

Por inquietud constante fustigado,  
y por el vano ruido  
ciudad, sin tregua, mareado  
si esto es vivir, pero no olvido  
rincón del parque abandonado.

Y al ver huir del torbellino en alas,  
rozando lodo inmundo,  
las que fueron ayer preciosas galas,

pienso en ti, pobre dios, que así resbalas  
hacia ese abismo lóbrego y profundo.

¡Oh, dios caído! En nuestra edad inquieta  
nadie tu pena siente.

Quien tus despojos pálidos respeta,  
y en el desierto parque tristemente  
los saluda ¿pasar? Sólo el poeta.

El buscará en la gruta la sombría  
estatua coronada todavía,  
y en la tarde unirá su adiós eterno  
al eco de remota salmodía  
y al beso sin calor del sol de invierno.

#### ULTIMA SONATA

Oh corazón, quizás la postrer hora  
doblado estás del libro de tu vida;  
pero canta, la estrofa interrumpida  
en más alta región continuará.  
(Del libro “De los quince a los treinta”. )

El cilindro rueda torpe y somnoliento  
cada vez más lento,  
las pausadas notas retardando va.  
Ya la moribunda sonata semeja  
rumor que se aleja  
y se va perdiendo... y enmudece ya.

El cantar alado, como el ave al nido,  
de volar rendido,  
a la caja vuelve que le vio partir,  
Ya su voz apaga sueño misterioso,  
oscuro reposo  
que el aplauso nunca llega a interrumpir.

Pero poco importa si logró un instante,  
como brisa errante  
que el aroma trajo de lejana flor,  
traer en sus alas de limpios colores  
lejanos fulgores  
de esperanza noble... ¿gloria mayor?...

Si las breves notas que en la caja duermen,  
a su paso el germen  
de aquella esperanza lograron sembrar,  
flotará en las almas rastro melodioso  
cuando silencioso  
plegue ya sus alas humilde cantar.

Como inútil mueble torna ya al olvido  
la sencilla caja; reposa en su nido  
con tranquilo sueño la vieja canción.  
Pero en el silencio, dulce canto suena...  
Es la voz serena  
con que la esperanza mece al corazón.